

YO TAMPOCO ME LLAMO FLANAGAN

Capítulo 1: Un caso de desaparición

1

Conocí a Carla Buckingham el primer día de vacaciones. Apenas unas horas antes había pasado unos momentos de angustia y una sensación de peligro inminente terribles, que se fundieron automáticamente cuando el profesor de Matemáticas me dio mi copia del examen y resultó que yo era capaz de resolver los problemas que nos había puesto. La prueba titánica del examen se convirtió en un trámite casi agradable y, una vez entregados los folios al profesor, pude dar el curso por terminado.

A la salida, ambiente de euforia y despedidas con los compañeros. María Gual se iba a trabajar, todo el verano, a una discoteca de la costa. Guillermo Mira haría un cursilo de electrónica del automóvil. Jorge Castells había encontrado trabajo como monitor en unas colonias de verano. Con todos me reencontraría en el próximo curso.

Con todos menos con Charcheneguer.

Ramón Trallero, alias Charche, agotada la paciencia de sus padres, la de todo el cuerpo docente y la suya propia, daba por acabada su educación y se ponía a trabajar inmediatamente, en un almacén del puerto de Barcelona.

—... Y, además, me casaré con Vanesa —me anunció muy orgulloso, y me mostró un anillo con un diamante grande como una pelota de fútbol. Yo ya sabía que últimamente se le había metido entre ceja y ceja comprarle un anillo de compromiso a su novia; de hecho, él mismo se había ocupado de proclamarlo por todo el barrio, como si fuera un culebrón. El primer episodio llevaba por título «¡Le compraré un anillo a Vanesa!»; el segundo, «¡Dios mío, he ido a la joyería y los anillos son carísimos!»; el tercero, «¿Creéis que Vanesa notará si el brillante es de plástico?»; y, ahora, estaba asistiendo al estreno del que cerraba la saga: «¡Ya tengo el anillo!». Y el anillo no parecía de plástico ni de bisutería. Todo lo contrario. Se veía bueno y fuera del alcance de las posibilidades de mi amigo.

—¡Charche! ¿De dónde has sacado esto?

—Jo, pues de la joyería del barrio. Más de tres mil euros. Chulo, ¿eh? ¡Vanesa se va a caer de culo cuando se lo dé!

Esa afirmación me obligó a repetir la pregunta, con ligeros cambios:

—¡Charche! ¿De dónde has sacado los tres mil euros?

—Me los han prestado en el banco. ¡Solo tendré que pagar setenta euros al mes durante siete años años, Flanagan! —Parecía convencido de que, entre el banco y la joyería, prácticamente le habían regalado el anillo—. Y, como en el trabajo ganaré mucho más...

No me cupo duda alguna de que Charche empezaba una nueva vida, en todos los sentidos de la expresión.

Pero si a él le parecía bien, a mí también y, además, era final de curso y todos estábamos contentos. Incluso mi padre, cuando llegué a casa y me llamó desde detrás de su hábitat natural, la barra del bar, el negocio con el que mi familia lleva años ganándose el pan.

—Juanito, ven *p'acá*.

Me obligó a sentarme en una mesa alejada de aquellas en que los jubilados jugaban al dómينو, buscando discreción e intimidad, como si también nosotros tuviéramos que negociar un crédito, y me expuso el plan que me había preparado para las vacaciones. Un *stage* de temporada completa, practicando un deporte de aventura: el de camarero.

—Pero, papá, si yo no sirvo para esto...

—Venga, te dejo escoger —dijo, generoso—. Si prefieres estar en la cocina con tu madre o...

—Pero es que apenas acabo de terminar el curso. Dame unos días de descanso, ¿no?

—Vale, si quieres, empiezas mañana —concedió, magnánimo.

—¡Sí, hombre!

—¿Cuántos días necesitas?

—Pues... No lo sé... A ver, déjame que cuente... ¿Cuántos días hay de aquí a septiembre?

Los padres no entienden cómo va esto de las vacaciones. Después de nueve meses de trabajo inhumano, quemándote las neuronas y las pestañas para comprender y aprender teorías que los sabios más importantes del mundo elaboraron a lo largo de toda una vida de dedicación exclusiva, te reciben como si volvieras de unas vacaciones en un centro turístico del Caribe.

—¡Joder, *Juanito*! ¿Es que piensas pasarte las vacaciones sin dar un palo al agua? —Y recurrió a una de esas frases que todos hemos oído mil veces—: ¿Te has creído que tengo una máquina de fabricar billetes en el sótano?

—No es que me niegue a trabajar. Pero es que a mí, esto de la hostelería...

—¿Pues qué piensas hacer? —Se estaba poniendo nervioso precisamente porque se temía lo que pensaba hacer—. De aquí a cuatro días cumplirás los dieciocho. ¿Qué piensas hacer el próximo curso?

Inspiré aire. Ahora yo tenía que decir que me proponía estudiar criminología, para ser un buen detective privado, y él o bien se desmayaba a causa del susto, o bien se convertía en el camarero-lobo. No sé qué tiene en contra de los detectives. De pequeño, yo decía que quería ser detective y él se lo tomaba a broma, como si hubiera dicho que quería ser domador de elefantes. A medida que me había ido haciendo mayor y veía que no solo no me echaba atrás, sino que incluso ejercía de detective a pequeña escala, se había ido alarmando, en parte porque constataba que no se trataba de una broma, en parte porque cuanto más crecía yo, menos podía imponerse él desde su condición de adulto.

Afortunadamente, no tuve que decirle nada. Me salvó el móvil.

—Perdona —le dije, en tono circunspecto. Y al teléfono—: ¿Diga?

—¿Flanagan?

Era Carla Buckingham.

2

—¿Sí?

—Soy Carla.

En otra circunstancia, habría exclamado: «¿Carla? ¿Qué Carla?», pero, dado que la tal Carla, fuera quien fuera, me salvaba de una situación muy incómoda, exclamé con alegría desbordante:

—¡Carla! ¡Eh!, ¿qué tal? ¡Qué alegría oírte! ¿Cómo va todo?

—¡Ahora, la novia! —exclamó mi padre, que aún no se había aprendido que mi novia se llamaba Nines.

Entretanto, la tal Carla había reaccionado con dificultad a mi exultación:

—Escucha, soy... Que no nos conocemos, vamos. Que me dijo Nines que te diría que hago un reportaje periodístico para el instituto.

Era cierto. Nines me había anunciado que una compañera de su escuela *supermegapija* de nombre británico quería hacerme una entrevista sobre mis actividades detectivescas. Y la compañera se llamaba Carla Buckingham, como para que su apellido hiciera juego con el nombre de la escuela.

—¡Ah, sí! ¡Claro!

—¿Te iría bien que la entrevista te la hiciera ahora?

Cualquier cosa con tal de librarme de continuar con aquel cambio de impresiones con mi padre.

—Bueno, si es tan urgente —dije, muy cerca de mi padre, para que me oyera—. Yo ahora estoy ocupado, pero si no puedes esperar...

—Pues sal a la puerta del bar, que estamos justo delante.

«¿Estamos?».

Apagué el móvil y me dirigí a la puerta.

—¡Eh, tú, Juanito! —Mi padre, claro—. ¿Dónde vas?

Recurrí a ese tipo de respuesta que no es respuesta ni nada, pero que te permite avanzar tres pasos más.

—Ahora vuelvo.

... Y ya estaba en la calle. En la otra acera, había un descapotable Mercedes CLK 55 AMG. Según Internet (que después consulté solo por curiosidad), vale 45.350 euros y acelera de 0 a 100 km/h en solo 5,4 segundos, para los que estén interesados en este tipo de cosas. Los vecinos ya empezaban a estar acostumbrados a ver coches espectaculares delante de casa. Incluso les resulta aburrido.

Y, por si fuera poco, del Mercedes descapotable se apeaba una mujer espectacular. Pura rutina.

Nines me había dicho: «Carla, hombre, claro, Carla, ¿no te acuerdas? Seguro que la conoces...». Y yo había contestado: «Bueno, puede que sí», dudando, tratando de localizar aquel nombre entre las diferentes peñas de amigos que Nines me había presentado, y asociarlo a algún rostro.

Lo cierto es que no tengo muy buen recuerdo de los amigos de Nines, porque pocas veces me han tratado bien. Pandas de hijos de papá melindrosos, vestidos con ropa de marca, que me han mirado siempre como a un intruso, torciendo un poco el gesto como dando por supuesto que alguien que llegara de mi barrio tenía que

desprender algún tipo de olor nauseabundo. Me han gastado bromas muy pesadas, y yo he tenido que devolverles venganzas del mismo calibre, de modo que las cosas no siempre han acabado bien entre nosotros.

¿A qué grupo debía pertenecer Carla? ¿Al del llamado Erreá, que me había tirado al mar y me había abandonado como a un náufrago, y luego yo le había dejado encerrado en un ascensor, preso de un incontenible ataque de diarrea? ¿O era de aquel, tal vez un poco más aceptable, que el fin de año anterior me había complicado la vida en la estación de esquí de Termals?

En seguida constaté que no era ni de uno ni de otro. No la había visto nunca. La recordaría. Era el tipo de chica exótica que no se te despinta fácilmente. Gafas oscuras, estilo *Blues Brothers* o *Men in Black*, piel muy blanca, pelo tan negro que por fuerza tenía que ser teñido, top rojo muy ajustado para demostrar que tenía unos pechos inmensos y esféricos como el planeta Tierra, que contrastaban con su complexión esquelética, pantalón pirata y zapatos planos, porque con su altura no necesitaba tacones para hacerse mirar.

Hablaba con cierta crispación con el chico que estaba al volante del coche y la sujetaba con fuerza por la muñeca. Pude advertir que este tenía unos ojos grandes y negros, una barba muy recortada y que se había pasado con los anabolizantes. Era como Charche, pero esculpido por un buen artista. Como si Charche se hubiera comprado los músculos en un establecimiento de «todo a cien» y él en una tienda de diseño. Me hizo pensar en un antiguo personaje de cómic que se llamaba Charles Atlas. Su tórax, pese a estar cubierto por un Lacoste, serviría para un estudio anatómico muy detallado de la musculatura de los superhéroes. Y, por lo que parecía, se llamaba Hilario.

—Que no me da la gana que me acompañes —le oí a la chica—. ¡Porque no me da la gana de que me controles! ¡Porque no, Hilario, porque no!

Por un momento, temí que aquello fuera el prólogo de un episodio de violencia de género, pero en seguida comprobé que se estaban riendo, tanto la chica como él, que para ellos aquello solo era un juego privado e íntimo. Carla advirtió de reojo mi presencia y se volvió hacia mí para dedicarme una sonrisa de «no pasa nada». Hilario le soltó la muñeca y ella cruzó la calle, caminando como una modelo de pasarela. Entonces el chico, desde el coche, me dedicó un gesto de complicidad que me borró la sonrisa y me provocó una especie de inquietud. Me pareció que con aquel gesto zafio me estaba invitando a incluirme en el juego que se llevaba con Carla, y cuyas reglas yo

ignoraba. No me gustó. La chica ya llegaba hasta mí, mientras que el descapotable, en un visto y no visto, se alejaba excediendo la velocidad aconsejable.

—No le hagas caso —dijo ella—. Está loco. Oh, este barrio es tan adecuado para un detective privado, un *private eye*, ¿verdad? Un *shamus*, un sabueso, un *huelebraguetas*, ¿sí o qué?

Me costaba mirarla a la cara. Había llegado aquella época del año en la que, inesperadamente, las mujeres exhiben todo lo que tienen y se te hace difícil controlar la mirada para que no sea interpretada como una agresión sexual.

—Deja que te saque una foto.

Llevaba una cámara Nikon, analógica, colgada de una correa de cuero que le cruzaba el tórax pasando por entre los pechos, de manera que los resaltaba extraordinariamente. Lo que le faltaba. Se la descolgó, me puso contra un muro cubierto de pintadas, como se hace con los condenados a muerte, y me fusiló con unas cuantas instantáneas. La cámara tenía motor.

—¿Sabías que eres muy fotogénico? —iba diciendo—. Y vives en un barrio muy fotogénico.

Entre ráfaga y ráfaga, necesitaba mucho rato para calcular la distancia, la velocidad y la abertura del diafragma.

—Espera, eh —decía—. Espera un momento...

—¿De dónde has sacado esta cámara? ¿De un museo?

—Era de mi padre, que ya hace tiempo que se pasó a la fotografía digital. A mí, las cámaras digitales me ponen nerviosa. No las entiendo.

—Yo tampoco. Imagínate que pensaba que se llamaban cámaras dactilares...

Ja, ja.

No sé si lo pilló, pero, al verme reír, me acarició la mejilla con una coquetería que era casi una insinuación (llevaba las uñas pintadas de azul marino, a juego con los labios) y se me colgó del brazo, arrimándose su delantera neumática. Uf.

—¿Qué? ¿Me la enseñas o no? —Sonreía.

—¿Si te la enseño?

—Tu guarida.

—Oh, claro, pasa, pasa.

Cuando entramos en el bar, todos los que estaban allí siguieron nuestro desfile hasta el fondo del local, y el ruido de cubiertos y vasos quedó en suspenso. Ni siquiera mi padre osó abrir la boca. Bajamos por las escaleras hacia el almacén, yo delante, para

ir encendiendo las luces y servir de protección por si se le ocurría tropezar y caer de cabeza.

—En mi escuela —iba diciendo ella, indiferente a la admiración que había creado su presencia—, hacemos una revista con todos los medios técnicos a nuestra disposición. Es fantástico, porque yo quiero ser periodista. No hacemos la revista ridícula sobre la escuela y los alumnos y las últimas poesías de los juegos florales, no, sino sobre temas de interés general, centrándonos, sobre todo, en experiencias de gente de nuestra edad, e incluso buscamos exclusivas. La moda, la droga, las últimas películas, los anticonceptivos...

Avanzábamos por el subterráneo oscuro y húmedo, lleno de cajas de bebidas y de trastos viejos y oxidados, todo cubierto por una pátina de polvo y telarañas, un marco en el que mi exquisita invitada no encajaba en absoluto. Por fin, detrás de una mampara formada por cajas vacías de cerveza, llegamos al rincón del que yo me había apropiado para mi negocio. Un mueble archivador metálico, la tabla de corcho para colgar chorradas y fotografías y un escritorio formado por una tabla sobre caballetes encima de la cual se encontraban el ordenador, el flexo, cuatro revistas y un montón de novelas policíacas.

Detrás de mí, dijo Carla:

—Me ha contado Nines que últimamente llevaste a cabo una investigación a fondo sobre el sexo... ¿Es verdad?

Me volví hacia ella. Se había quitado las impenetrables gafas negras y me vi ante unos ojos verdes de pestañas larguísimas.

—Quiero que me cuentes con todo detalle lo que aprendiste. La vida sexual del detective privado.